

Cap. 7

## LOS COLORES DEL PODER

*Es año de elecciones.*

*Rugen los altavoces.*

*Los colores de los candidatos  
están pintados por doquier.*

*Púrpura para uno, rojo para otro.*

*Blanco para el hombre que aclama mi madre.*

*Los colores del poder pintados en las rocas,  
en las farolas, en los árboles y en los camiones que pasan.*

*Sones de merengue, globos de fiesta,  
dulces promesas, sonrisas y lunas de plata.*

*Todo es un espectáculo de nítidos colores  
y nuestras esperanzas hoy son mucho mayores.*

*¡Pero cuídate de ellos, yo te lo advierto!*

*De estos colores del poder.*

**T**EMÍ QUE NUESTRA FAMILIA NO VOLVIERA A SER la misma después de saber del hombre de la mula. Pero no tuve que preocuparme durante mucho tiempo. Al principio hubo mucho silencio entre mami y papi e incluso entre Ángela y mami, pero nadie me trató de modo distinto. Guarío me dio incluso un tirón suave de mi cola de caballo y me dijo que nada de tener ideas raras en la cabeza, porque “eres la misma Ana Rosa de siempre”, me aseguró.

Roberto, que lo había oído, dijo:

—Nunca se puso en duda, mi hermano.

Eso me hizo sonreír mucho y cuando mami cogió el poema que había escrito sobre papi y lo pegó a la nevera, vi que papi, mami y Ángela lo leían muchas veces durante el día y se sonreían una y otra vez. Pero lo que realmente rompió el silencio y sacó al hombre de la mula de la mente de todos fue la noticia de que el Gobierno quería comprar nuestra tierra.

La gente que vivía en el pueblo había vivido allí tanto tiempo que no podía recordar quién había construido la primera casa o dónde llegaban los lindes de las propiedades de uno y dónde empezaban los de otro. Éste era el fondo de la cuestión: vivíamos codo con codo, vecinos, amigos, compartiéndolo todo. Nadie iba

a prestar atención a ningún político que hablara de dividir nuestra tierra.

—¡Inversionistas extranjeros! ¡Dinero para la isla! ¡Mejoras! ¡Progreso!

Todo esto lo profería con ayuda de un micrófono un hombre que, desde el estradillo prefabricado en la parte de atrás de una camioneta, gritaba sus propuestas como si cantara los números de la lotería.

Después de oír las primeras palabras, los niños volvieron a jugar y a alimentar las gallinas que rodeaban la camioneta negra. Por mi parte me subí bien alto a mi árbol gri gri para mirarlo todo por si pasaba algo interesante.

No pasó nada interesante. Pero después, por la noche, me senté a la mesa de la cocina a escuchar mientras papi le contaba a Guario lo que el hombre había dicho. Papi golpeaba la mesa con su vaso de Coca-Cola y ron, mientras mami movía la cabeza de un lado a otro y murmuraba “Dios mío” muy bajito, así que supe que algo malo sucedía.

Pero Guario, que no parecía preocupado, afirmó lentamente:

—No pueden hacernos abandonar nuestras casas —como si les estuviera explicando el abecé a papi y a mami—. Todos los de aquí, todas nuestras familias, han

vivido en esta tierra durante más años de los que hacen falta para convertirse en sus propietarios. Esta tierra es nuestra. No pueden venderla a menos que se lo permitamos. ¡¡Es la ley!!

Guario estaba tan seguro de esto que, cuando unas horas después, los vecinos se reunieron en nuestra galería para hablar del asunto, lo nombraron portavoz oficial.

—Guario, tú hablas con ese loco y le dices que no queremos vender —dijo papi.

—Bueno —interrumpió mami—, algunos quizá quieran vender; no lo sabemos.

Entonces habló el señor García:

—Estoy seguro de que si alguien quiere comprar quiere comprarlo todo, no un trozo aquí y otro allí.

Se acordó que el pueblo entero anunciaría que no nos interesaba vender.

Guario se reunió pues con el funcionario del Gobierno, el señor Moreno. Nos contó que el señor Moreno había meneado la cabeza durante toda la conversación y que al final le había dicho que tenía asuntos más importantes que atender.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber papi.

Guario se encogió de hombros, pero había un ceño de preocupación en su rostro.

Durante las semanas siguientes nos olvidamos del señor Moreno y nos dedicamos a nuestros asuntos. Era año de elecciones y los adultos estaban muy ocupados haciendo carteles y organizando "charlas", y los adolescentes iban de un sitio para otro con latas de pintura, pintando los colores de sus candidatos favoritos sobre cualquier superficie que pudiera ser pintada.

Muy pronto, todo Sosúa y mi pueblo se convirtieron en un estallido de púrpuras, rojos y blancos en rocas, cercas, palmeras y muros. No quedó nada a salvo de los pintores, de quienes se dijo que habían recibido innumerables latas de pintura de funcionarios del Gobierno.

La gente empezó también a usar consignas y señales con las manos para identificar a cada uno de los candidatos, de modo que en las calles se hacían unos a otros estas señales, y había siempre un coro de vivas.

Por mi parte tengo que decir que no le prestaba demasiada atención a todo esto. Iba a la escuela, ayudaba a mami y a Ángela en casa, y escribía en los cuadernos que Guarío me había dado. Además, estaba cerca de librarme de mi anhelo por Ángel y de aceptar la idea de Ángela y Ángel como novios.

El hecho es que yo también tenía asuntos más im-

portantes en los que pensar. Estaba muy ocupada siendo todo lo yo que me era posible, dadas las recientes noticias según las cuales yo era otra diferente. Y, lo que era más importante, pronto cumpliría trece años y sabía que Guarío, mami, papi e incluso Roberto y Ángela estaban planeando una sorpresa especial.

—¿Qué es? —les suplicaba todo el tiempo.

Pero ellos contestaban:

—Espérate, cariño, ya lo verás.

No me atrevía a esperar nada, y la verdad es que cualquier cosa hubiera sido estupenda porque nunca antes había tenido una sorpresa de cumpleaños. Nunca había dinero para regalos, al menos no para los regalos convencionales que se envuelven en papel y se adornan con lazos.

En lugar de ello, papi te hacía una escultura de arena tan perfecta que querías que el mar no la destruyera nunca, o mami horneaba un bizcocho especial con mucho merengue, o teníamos un día en el que hacíamos cualquier cosa que quisiéramos, como quedarnos en la playa hasta que salieran las estrellas, que era casi siempre lo que yo elegía.

Empecé a prepararme para mi nuevo año escribiendo en mi cuaderno todas las cosas que había aprendido mientras tuve doce y todas las cosas que quería



conseguir durante los trece. Escribí cómo ahora sabía bailar salsa y merengue y escribir poemas e historias para leer en voz alta, y cómo mi papi era incluso más especial que antes.

Luego escribí cuánto quería aprender a hacer *wind-surf* como Roberto y los chicos en la playa Cabarete. También quería aprender más inglés y escribir más poemas y más historias. Y lo que más quería era ayudar a Guario a encontrar su futuro.

Esto era lo más duro, pero siempre lo tenía en la mente. Una vez le pregunté a Guario qué quería decir “un futuro” y me respondió:

—Es algo especial qué tú haces con tu vida.

Hubiera querido decirle a Guario que ya hacía algo especial con su vida siendo mi hermano, pero pensé que quizá eso no contara.

Muy dentro de mí estaba convencida de que Guario sentía que su vida debía poder compararse con la del gran jefe taíno en cuyo honor había sido nombrado: Guarocuya. Desde que yo era muy pequeña le había oído a mami contarnos la historia de Guarocuya, que había desafiado a los conquistadores españoles y que los había vencido batalla tras batalla, disfrazándose de roca, de árbol y de río, hasta que por fin los reyes de España

quisieron otorgarle un título. Pero Guarocuya dijo que no. Él no quería un título, sólo quería la libertad. Los españoles dijeron muy bien, tienes tu libertad, pero de lo que no se habían dado cuenta es de que Guarocuya la había tenido todo el tiempo, de que era algo que no estaba en sus manos darle o quitarle. Y Guarocuya vivió el resto de sus días en libertad. Era lo mismo con mi hermano. De igual modo que Guarocuya había luchado tanto por la libertad, mi hermano luchaba por un futuro.

Cuando el señor Moreno apareció de nuevo en la parte de atrás de su camioneta, todo el mundo pensó lo mismo, que dónde estaba Guarío.

Papi envió a Roberto al Café de Rocco para que trajera a Guarío. Mientras tanto, el señor Moreno entregaba unos papeles a la gente. Mami y papi cogieron uno y empezaron a menear sus cabezas. Las mujeres se quejaban y los hombres proferían toda clase de palabrotas en voz baja.

Guarío vino a toda prisa, con la cara brillante de sudor.

Todo el mundo se apartó para dejarle atravesar la multitud y acercarse a la camioneta, y mientras avanzaba alguien puso uno de esos papeles en sus manos.

Bien, tengo que decir que nunca he visto el rostro



de mi hermano tan oscuro y tan furioso como cuando lo leyó. Nunca en toda mi vida.

Antes de que Guario pudiera decir nada, el señor Moreno levantó las manos y empezó a hablar por el micrófono.

Había muchas palabras que no entendía, pero las que entendí me atemorizaron mortalmente. Palabras como que el Gobierno era el propietario de esta tierra, y que el Gobierno tenía el derecho de venderla siempre que quisiera, y que el Gobierno la estaba vendiendo a una gran compañía para que construyera hoteles, y que esto beneficiaría a todo el mundo porque habría más puestos de trabajo y más turistas, pero que todos teníamos que trasladarnos inmediatamente. Eso fue lo que entendí y era bastante.

Corrí tan rápido como pude a mi árbol gri gri y me subí a él. Bien arriba, entre las verdes hojas, podía ver aún al hombre y oír su voz, pero ahora era simplemente una manchita allá abajo y no me daba miedo. Me sentí mucho mejor. Me pregunté si quizás Guarocuya se sintió del mismo modo cuando estaba en lo más alto de su montaña, si miraba a los españoles desde arriba y entonces no daban tanto miedo.

Me sentía muy contenta de estar en mi árbol gri gri

porque ocurrieron muchas cosas. Guario levantó el papel y lo rompió muy despacio en dos pedazos frente a la cara del señor Moreno. Después arrojó los pedazos en la camioneta como si no fueran otra cosa más que basura.

La historia de nuestra vecindad pivotó en ese gesto. Antes de él éramos un pueblo asustado, temeroso de perder nuestra tierra: después de él nos convertimos en un pueblo de rebeldes que luchaba por conservar sus hogares. El señor Moreno se limitó a mirar a Guario al principio, y entonces levantó el micrófono. Pero nadie pudo oír una palabra de lo que dijo porque todos empezamos a abuchearle.

Entonces uno por uno, cada hombre y cada mujer incluso cada niño, empezó a romper los papeles en dos y a tirar los trozos en la camioneta.

El señor Moreno se enjugaba la frente una y otra vez. Cuando todo el mundo se tranquilizó, levantó de nuevo el micrófono y dijo:

—Entiendo cómo se sienten y también lo entiende el Presidente. Créanme, hace esto por ustedes. Con los hoteles nuevos habrá más y mejores empleos. Habrá más turismo, más dinero para todos.

—¡Queremos nuestras casas! —gritó alguien.

Entonces habló Guario:

—Señor Moreno —dijo alto y claro—, no nos vamos a ir de nuestras casas ni de la tierra que pertenece legalmente a nuestras familias.

La gente lo vitoreó. El señor Moreno meneó la cabeza y respondió:

—¡Esta tierra ya está vendida!

Se hizo un silencio total. El señor Moreno se volvió a la cabina de su camioneta y el conductor arrancó el motor, pero los hombres del Gobierno no iban a ir a ninguna parte porque un grupo de gente se había colocado frente al vehículo. Unos chicos empezaron a saltar sobre el parachoques y a mover la cabina. El señor Moreno subió las ventanillas. Otros empezaron a golpear los lados de la camioneta con palos.

La camioneta consiguió abrirse paso lentamente hacia la carretera y finalmente, cuando salió de nuestra vecindad, todavía parte de los vecinos iban detrás de ella, abucheando a sus ocupantes.

Esa noche, en nuestra galería, todo el mundo tenía preguntas y nadie respuestas. Alguien sugirió que fuéramos a los tribunales.

—Demasiado corruptos —dijo el señor García—. Nunca ganaríamos porque todos los jueces están en el bando del Presidente.

—¿Pero dónde iremos? —gritó la señora García.

Este miedo estaba en todos y cada uno de nosotros: estas casas eran todo lo que teníamos. Supe con toda certeza que no había ningún sitio donde pudiera ir mi familia, que no había parientes que pudieran ayudarnos, ni dinero para comprar una casa o tierra en otra parte, que no teníamos nada.

Finalmente, a Guario se le ocurrió una idea. Nos dijo que el Gobierno no escucharía nada de lo que dijéramos a menos que afectara sus intereses. Y que ahora que estábamos tan cerca de las elecciones, el principal interés del Gobierno era parecer bueno a los ojos de los ciudadanos.

—Podemos decirle a todo el mundo en la isla lo que el Gobierno quiere hacernos, y quizá logremos convencer a suficiente gente de que si no nos resistimos, no habrá propiedad segura en la isla.

Mami, meneando la cabeza, respondió:

—Si averiguan que estás detrás de esto, Guario...

—Mami —dijo él—, todos estamos detrás de esto.

Y todos los que estaban en nuestra galería, todas las familias que yo había conocido desde que nací dijeron “¡Sí!, todos estamos juntos en esto.”

Y así empezó nuestra pequeña rebelión, pero no te-

níamos ni idea de que fuera una rebelión en absoluto. Éramos un puñado de vecinos que deseaban conservar las casas en las que habían vivido y en las que habían vivido nuestros padres y en las que habían nacido nuestros abuelos. En cuanto a mí, lo que más quería conservar era mi árbol gri gri.

Durante las dos semanas siguientes lo observé y lo escuché todo. Cuando había reuniones me sentaba en el suelo cerca de la silla de Guario y me sentía consolada por el contacto de su pierna en mi hombro. Todo iba a ir bien.

La gente me pidió que escribiera un artículo para enviarlo a los periódicos. Guario habló y yo anoté sus palabras. Entonces lo escribí de tal modo que parecía un cuento con un comienzo y una parte intermedia, pero sin fin. En lugar de ello puse esta pregunta: "¿Qué van a hacer ahora?"

Alguien se encargó de pasar a máquina el artículo en una oficina e hizo cientos de copias. Me resultó asombroso ver algo escrito por mí con un aspecto tan pulcro y tan oficial.

A todo el mundo le gustó el artículo excepto a mami. Cuando lo vio, comenzó a llorar y supe que era a causa



de esas rocas en el río por lo que tenía miedo. Las rocas donde yo podía resbalarme suavemente, caerme y ser arrastrada hasta el vasto mar, muy lejos de nuestra isla.

—No te preocupes, mami —dije—. Tenemos que hacer esto.

—No, cariño —susurró —, no tú, tú escribes bellos poemas y cuentos ¿te acuerdas?

Detestaba causarle tanta infelicidad a mami. Me sentí muy culpable mientras andaba por la casa y percibía sus ojos preocupados siguiéndome como si creyera que yo iba a desaparecer mañana.

No podía explicarle a mami que aunque prefería mil veces escribir poemas, tenía que escribir este artículo. Quería que Guario estuviera orgulloso de mí: muy dentro de mí yo sabía que no había escrito el artículo por ninguna otra cosa. Y me puse muy triste al darme cuenta de que había herido a mami por quedar bien ante Guario.

Intenté convencerme a mí misma y decirme que no era verdad. Guario afirmaba que nuestras palabras eran todo lo que teníamos, dado que la legalidad de nuestra propiedad venía de la posesión y no de escrituras de venta.

—Tenemos que luchar contra ellos con nuestras palabras —nos había dicho.

«Y eso es lo que estoy haciendo», me dije a mí misma.

Cuando los tres diarios de la isla imprimieron mi artículo casi palabra por palabra, mami dejó de hablar y se convirtió en una sombra silenciosa que se deslizaba por los espacios de nuestras vidas, ahora completamente consumidos por nuestra lucha.

Entonces llegaron los periodistas, que le hicieron fotografías a Guarío y a nuestras casas, y escribieron historias con las mejores palabras que nunca había oído. Describían a Guarío como el perfecto líder de su gente. Dijeron que era el futuro de todos los dominicanos porque nos había enseñado cómo erguirnos y cómo luchar.

Para mí estaba muy claro, más claro que para Guarío, que su futuro estaba frente a él, aquí, no en una idea remota que pudiera haber tenido. Guarío no necesitaba un futuro: ¡él era el futuro!

Mientras me sumergía en estos pensamientos, Guarío estaba muy ocupado. Todavía trabajaba cada día en Café de Rocco, pero todos los ratos que tenía libre los dedicaba a pronunciar discursos ante grupos de obreros de las fábricas que rodean Puerto Plata o a viajar a Santiago, Santo Domingo y Samaná para hablarle a la gente.

La noche anterior a mi cumpleaños, después de una larga reunión en nuestra galería, no podía dormirme,

así que me levanté y me fui a la cocina a escribir en mi cuaderno. Toda la charla acerca de mi sorpresa de cumpleaños, que Guario y el resto de la familia habían estado planificando, había cesado por completo debido a nuestra crisis. Yo había dejado de esperar algo especial en mi cumpleaños, y mentiría si dijera que no me importaba. Me importaba.

Me encontré a Guario sentado ante la mesa con la cabeza entre las manos. Pensé que estaba dormido, pero cuando lo sacudí por el hombro vi que simplemente se miraba las manos.

Me senté junto a él; no me importó que no habláramos. Junto a Guario me sentía segura y las palabras sobraban.

Continuó mirándose las manos mientras yo escribía en mi cuaderno. Después de un rato levantó la cabeza y dijo:

—Vienen mañana.

—¿Quiénes? —pregunté, sujetando la pluma en mitad del aire.

—Los ingenieros que van a construir el hotel. Van a venir mañana a medir. Vienen con la guardia.

—¿Pero cómo pueden? —pregunté—. Todos están

de nuestra parte. Los periódicos, los trabajadores, prácticamente todo el mundo de la costa norte.

Guario, meneando la cabeza cansadamente, contestó:

—Sí, sí, sí.

—¿Entonces qué ha ocurrido? —susurré con una bola de miedo formándose en mi estómago.

—Nuestras palabras no bastan —contestó Guario—. Somos simplemente soldados de las palabras y ellos lo tienen todo, dinero, contratos, excavadoras y armas.

—¡Pero las palabras pueden conseguirlo todo! ¡Lo dijiste tú mismo!

—Estaba equivocado. Es la gente la que puede hacerlo todo —Guario parecía agotado—. Las palabras no son otra cosa que invenciones de la gente, y no representan otra cosa que lo que la gente decida que representen.

Miré a Guario. ¿Era mi valiente hermano mayor el que hablaba? ¿El que nos había dicho que debíamos luchar con palabras, se rendía?

Mi corazón se hundió mil pies y quise agarrarlo por los hombros, sacudirlo y gritarle «¡NO, NO, NO, NO, NO! Son las palabras las que llevan a la gente a hacer las cosas. Las palabras son mejores que las excavadoras y que las armas».

Pero todo lo que dije fue:

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Proteger nuestros hogares —respondió.

—¿Cómo? —pregunté.

—De la única forma que queda —respondió—, cuando las palabras no funcionan.

Me pasaron por la cabeza toda clase de cosas. ¿Se refería a las armas? «Ni hablar», me dije a mí misma, no podía ser que Guario estuviera pensando en armas. ¿Entonces qué? Estaba tan disgustada que casi no oí lo que dijo:

—¡Ay Díos mío, Ana Rosa, odio lo que vamos a hacer. Esto no debería ocurrir!

La agonía que oí en su voz me dejó sin aliento. Me sentí como si me hubiera golpeado una ola arrojándome a arenas oscuras. Era como si ambos nos estuviéramos ahogando y las olas se elevaran cada vez más por encima de nuestras cabezas. Y ni Guario ni yo teníamos control sobre lo que iba a ocurrir después.

Por la mañana el aspecto de Guario era muy diferente al que había tenido en la mesa de la cocina la noche anterior: Guario se veía alto y fuerte. Sus ojos castaños reflejaban el primer sol de la mañana mientras miraba a nuestros vecinos desde lo alto de la pared de



nuestra galería. Los vecinos estaban frente a él; en las manos llevaban toda clase de cosas desde palos de escoba hasta piedras, botellas rotas y llantas de camión.

—Miren a su alrededor —dijo—. Esto es por lo que luchamos hoy: ¡nuestras familias, nuestras casas, nuestro pasado y el comienzo de nuestro futuro! Roguemos por que haya entendimiento en lugar de indiferencia, amigos en lugar de enemigos, generosidad en lugar de egoísmo y lo más importante, ¡palabras en lugar de violencia!

Los vecinos profirieron vivas, silbaron y gritaron «¡sí, sí, sí!». Entonces Guario bajó la voz y la multitud se calló para oír cada palabra de lo que decía.

—¡Lucharemos por lo que legítimamente es nuestro! ¡Y no nos rendiremos!

Cada uno de los que estaban frente a Guario en aquella luminosa mañana asintió con la cabeza. Todos sabíamos que no había más que decir. Teníamos que ver lo que ocurriría después.

Periodistas locales se acucillaban en torno a nuestra galería, transcribiendo las palabras de Guario. La multitud de vecinos se disgregó para dirigirse a sus respectivos lugares. Guario pasó junto a mí en la galería:

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo—. Esta noche te voy a llevar a tomar un helado.

Quise abrazar a Guario. Quise rodear su cuello con mis brazos y no dejarle ir hacia la carretera frente a la cual todo el mundo lo esperaba como al líder. Quise decirle «vayamos a tomar un helado ahora mismo».

Pero en lugar de ello le ofrecí una pequeña sonrisa: casi no podía mover los labios. Y le apreté la mano.

Guario salió y todo ocurrió muy deprisa. Papi y sus amigos fueron hasta la galería de la casa vecina arrastrando gomas de camión y latas de gasolina. Mami nos llamó a Ángela y a mí para que entráramos y cerró bien puertas y ventanas. Se arrodilló en el suelo frente a la estatua de nuestra Virgen María y empezó a rezar. Ángela se sentó en una silla, agarrándose las rodillas, los ojos fuertemente cerrados.

Escuché a mami recitar el santo rosario y vi cómo sus dedos se desplazaban de una cuenta a otra. Las palabras estaban llenas de familiaridad y de sosiego.

A las ocho en punto oí el penetrante rugido de los camiones que recorrían nuestro camino de tierra. Eran los ingenieros y los trabajadores. Supe que eran ellos por el ruido que provocaron afuera, los abucheos y las maldiciones.

Mami rezaba el rosario aún más alto para ahogar los ruidos que venían de afuera mientras Ángela mantenía

los ojos cerrados. Yo me lancé lentamente hacia la puerta trasera, levanté el cerrojo y corrí hacia afuera. Casi me detuve cuando olí la cólera en el aire.

¡*Buuuum!* Una explosión sacudió la tierra y una nube de humo negro se elevó hacia el cielo. Me cubrí la cabeza y corrí como una lagartija agachándome hasta mi árbol gri gri. Trepé por él a toda velocidad, arañándome las manos y los pies en las ramas.

No me atreví a mirar hacia abajo hasta que me sentí segura en lo más alto. Entonces, al bajar la vista, vi que todo había enloquecido.

Papi y el señor García estaban derramando gasolina sobre las llantas y pegándoles fuego con fósforos. Las llamas se elevaban hacia el cielo. Los empleados del Gobierno saltaban de los camiones, tosiendo y apartando a manotazos el humo de sus caras. Mientras el humo se elevaba hacia el cielo como si fueran globos grises, el olor de la goma quemada me llenó la cabeza. Cuando el humo se aclaró un poco, vi a la guardia con sus uniformes verdes y con sus largas y negras armas sujetas a los hombros por correas. Los hombres de la guardia gritaban y agitaban las armas de un lado a otro como si estuvieran bailando. En el otro lado estaban mi familia y los vecinos, el señor García, el señor Rojas, papi y Guario en el frente. Iban arma-

dos con piedras, bates de pelota y con botellas rotas cuyos bordes lanzaban destellos verdes entre la neblina.

Me quedé helada cuando un guardia obeso con una gorra roja empujó a Guario en el pecho con el cañón de su arma. Guario lo apartó con la mano y le gritó algo al guardia gordo. Me agarré a las ramas con tanta fuerza que al poco rato no sentía los dedos. Entonces oí un estruendo sordo y retumbante y los camiones empezaron a retroceder. Recorrieron en sentido contrario al que habían venido por el camino de tierra y desaparecieron doblando la esquina del colmado del señor García. Papi, el señor García y el señor Rojas empezaron a darse palmadas en la espalda y a aplaudir. Yo no aplaudí: tenía los ojos fijos en el guardia gordo y en Guario porque no se habían movido ni una pulgada. Estaban de pie el uno frente al otro, separados por muy poca distancia y casi debajo de mi árbol.

En ese momento el árbol empezó a temblar: podía sentirlo a todo lo largo. La tierra se movía. Todo el mundo se quedó completamente quieto porque todos lo habían oído al mismo tiempo: era el zumbido de motores poderosos que rugían lentamente hacia nosotros.

Lenta y seguramente, el rugido sordo se fue haciendo más alto, y entonces aparecieron unos mons-

truos amarillos y negros, unos monstruos que hacían temblar la tierra, que se comían la tierra. Devoraban todo lo que se les ponía por delante: arbustos, flores, el colmado del señor García, árboles, galerías y cualquier otra cosa. Eran dos máquinas niveladoras gigantescas provistas de malignas y hambrientas mandíbulas.

El señor García intentó correr hacia su colmado y su casa, pero un guardia lo arrojó al suelo. Otro golpeó al señor García en la cabeza y papi y el señor Rojas se lo llevaron para evitar que le pegaran de nuevo. Papi y el señor Rojas gritaron y empujaron al guardia. Mami y Ángela abrieron las ventanas y gritaron cuando vieron las niveladoras; salieron corriendo, agarrando a los niños más pequeños de la mano y sacándolos a empujones de la trayectoria de las máquinas, que avanzaban sobre las casas como lagartos gigantescos, dejando tras ellas montañas de escombros rosas, azules y púrpuras, los ladrillos de las que una vez habían sido casas.

La gente de mi pueblo, los hombres y las mujeres, los vecinos que habían escuchado mi historia y que me habían aplaudido, todos se volvieron para enfrentarse a las máquinas y a la guardia. Con papi y Guario al frente y el señor Rojas y el señor García junto a ellos, mi gente empezó a tirar todo lo que podía encontrar: botellas de



ron y piedras, ladrillos rotos de las casas derribadas, cualquier cosa. Incluso los niños pequeños lloraban y lanzaban piedrecillas a los guardias y a las máquinas. Yo lo miraba todo como si fuera un sueño. No hubiera podido bajar de mi árbol aunque hubiese querido.

Las niveladoras llegaron hasta la multitud. Guario se metió los dedos en la boca y silbó fuertemente: de los arbustos salieron Roberto y sus amigos, los que alquilaban sillas de playa en Sosúa. Roberto lanzó una rama de árbol en las mandíbulas de una máquina. Entonces él y sus compañeros de playa treparon por la máquina como hormigas que se extienden sobre un trozo de bizcocho. Cuando arrastraron fuera al conductor, se oyeron los primeros disparos.

Mis ojos pasaban de una lucha a otra, de un grito a otro, de un disparo a otro. Pero siempre, siempre, mis ojos volvían a Guario.

Y entonces todo se quedó tan quieto que podía oír llorar las flores y las plantas, podía oír respirar el sol. Y el mar, el hermoso mar azul, se aquietó al punto de que las olas no rompían. Era un espejo plano y tranquilo.

Guario estaba de pie bajo mi árbol gri gri, con los brazos completamente extendidos. Una horrible e ira-

cunda niveladora se dirigía directamente hacia mi árbol. Guario levantó la vista hacia mí con expresión preocupada. El guardia gordo con la gorra roja le daba golpes con el cañón de su arma, intentando apartarlo de mi árbol, pero Guario lo ignoraba. Yo lo veía todo desde arriba, desde lo alto de mi mundo gri gri.

«¡Guario, corre!», quería gritar, pero no me salían las palabras. No me salía nada y me limité a quedarme allí, aferrada a la rama. Entonces oí un ruido dentro de mi cabeza y vi el cuerpo de Guario saltar hacia atrás.

«¡¡No!!», grité, «¡¡No!!», pero ni siquiera fui capaz de decir estas palabras. Estaban atrapadas dentro de mí, allí donde vive todo mi miedo. Y al tiempo que Guario caía al pie de mi árbol gri gri, vi que miraba hacia arriba y vi que mi apuesto, mi valiente hermano, me sonreía. Vi que abría las manos y que estaban cubiertas de sangre, y de repente el volumen del mundo volvió de golpe y cada ruido imaginable cayó sobre mí. Miré hacia abajo, vi a Guario que yacía en la tierra bajo mi gri gri, con los brazos extendidos como si fueran vastas alas de ángel y supe que todo era culpa mía.

